
LOS NIÑOS DEL 48

EL 48 INTERPRETADO POR LA NIÑEZ DE LA ÉPOCA

Mercedes Muñoz Guillén
Ana María Botey Sobrado

RESUMEN

Se pretende mostrar los cambios en la vida cotidiana, percibidos por la niñez de la época, como resultado del conflicto armado de 1948 y su impacto social en las décadas posteriores. Desde el punto de vista teórico, el análisis de estos relatos permite comprender que la memoria es una construcción colectiva, dinámica, que no es neutral, porque se vincula con los valores sociales, culturales y las necesidades del presente.

ABSTRACT

It purports to show changes in every day life, as perceived by children of that time, as a result of 1948 armed conflict and its social impact in the decades following. From the theoretical point of view, the analysis of these narratives allows you to understand that memory is a collective construction, a dynamic which is not neutral because it is linked to social and cultural values and present needs.

PRESENTACIÓN

En 1998, cuando se cumplió el 50 Aniversario de la Guerra Civil de 1948, la Escuela de Historia consideró que la sociedad costarricense necesitaba reflexionar y debatir sobre esa conmemoración, que había marcado a la Costa Rica de la segunda mitad del siglo XX. Con ese propósito se organizaron mesas redondas, concursos de afiches, exposiciones fotográficas y un concurso denominado "*Niñas y niños del 48 escriben*"¹. Este concurso surgió de la iniciativa

de Mercedes Muñoz, quien al igual que Ana María Botey, responsables de este artículo, eran un producto del 48 y habían sentido la marca de la contienda en su vida personal, académica y política.

El concurso se abrió en dos categorías: a) para quienes habían nacido entre 1936-1948, y b) para quienes lo habían hecho entre 1948 y 1958. La publicidad del mismo generó un enorme entusiasmo porque algunos tuvieron calladas sus emociones, percepciones y sentimientos durante cincuenta años, y nunca creyeron

1. Una selección de los trabajos presentados por los participantes del concurso "Niñas y niños del 48 escriben" se encuentra contenida en el libro:

Muñoz Mercedes, compiladora. *Niños y niñas del 48 escriben*, San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2001.

que a la Historia o a la sociedad costarricense, le podían interesar esos retazos de recuerdos que se guardaban en la memoria y a veces ni siquiera se compartían con familiares y amigos.

Las barreras sociales, geográficas, políticas, culturales, religiosas y de género se borraron para participar en el certamen. El personal administrativo de la Escuela de Historia recibió con emoción los cientos de sobres, que los mensajeros, o los mismos autores se acercaron a dejar. Las vivencias, las anécdotas, los cuentos de otros sobre los años anteriores al conflicto armado, el 48 mismo y los años posteriores, se recogieron de esta manera. Muchas personas expresaron que el concurso era la oportunidad esperada para manifestar sus ideas, percepciones y sentimientos sobre este tema. Hay quienes al calor del entusiasmo, ignoraron las bases del concurso e hicieron llegar sus memorias de adolescentes. Dos casos impactaron al jurado: el recibir el relato de una persona fallecida, días antes del cierre del concurso y conocer el testimonio que envió un ex-presidente, una semana antes de la entrega de los premios a los ganadores².

En este ensayo, a partir de la experiencia vivida por dos de las integrantes del Jurado³ y de la revisión del material, se pretende mostrar, primero, la riqueza del relato de los adultos-niños o de los niños-adultos, como una fuente histórica, para la interpretación del pasado reciente; segundo, dar a conocer los cambios en la vida cotidiana, percibidos por la niñez de la época, como resultado del conflicto armado de 1948 y de su impacto social en las décadas posteriores.

I. LOS NIÑOS Y EL AMBIENTE

Los recuerdos de la niñez sobre su entorno se recrearon de muchas formas, un tanto al azar seleccionamos uno de ellos:

Así era mi infancia. Correr tras los terneros; buscar nidadas de gallina en el cañal; ir con Elida y Miriam, mis amigas de infancia, a pescar olominas en el yurro. Brincar en el zacate frente a mi casa todo el día. Paz y holgura. Amor y niñez feliz. Vida en una finca de caña y café a trece kilómetros de la Ciudad de Alajuela. San Luis de Sabanilla, mi pueblo adorado. Pueblo de labriegos, donde con tanta humildad y austeridad vivían los patronos como los peones. Mañanas frescas; tardes perezosas en la hamaca del corredor, remendando las mujeres, charlando los hombres, y los chiquillos correteando la perra o a los terneros.

Familias unidas en torno a la mesa y al rezo del Rosario al inicio de la noche. Todos nos conocíamos. ¡Era el pueblo tan chiquito! La alegría, de todos; así como las penas, de todos (Tulita p.1).

La Costa Rica de la década de 1940 era aquella abierta a los cultivos de exportación, donde se sembraba el café, la caña de azúcar—como cultivo alterno en algunas áreas—, el banano en la “zona”, el cacao y, en menor cuantía los granos básicos y las legumbres. Una reducida ganadería de engorde se imponía en el Pacífico Norte y el ganado lechero se encontraba en las partes de mayor altitud. En los centros urbanos y principalmente, en San José, florecía una industria artesanal. En el seno de esta economía agroexportadora, el contraste entre lo rural y lo urbano no dominaba el paisaje, porque a pocas cuadras de los centros de población se hallaban los campos de cultivo, y los potreros. Las casas con jardín al frente y patios atrás, desembocaban en el cafetal o en el cañaveral, donde las gallinas escondían sus nidadas y los niños jugaban y tejían sus fantasías.

Era un ambiente sano, poco contaminado por las patologías sociales; donde predominaban extensas áreas boscosas, a lo largo y ancho del territorio. En contraposición al equilibrio ser humano-naturaleza, las condiciones socio-económicas del país se venían deteriorando a paso acelerado; debido entre otras razones a la crisis de la economía agroexportadora y, en esa coyuntura, a los efectos económicos provocados

2. Categorías del concurso.

3. Integrantes del Jurado: Dr. Luis Fernando Sibaja, M.Sc. Ethel García, M.L. Leda Cavallini, M.Sc. Ana Ma. Botey y M.Sc. Mercedes Muñoz Guillén.

por la segunda Guerra Mundial. Ricos y pobres resentían la situación, aunque en forma muy desigual.

La familia promedio era numerosa, 5 ó más hijos. Los vínculos entre la denominada familia nuclear y sus parientes cercanos eran estrechos: abuelos, tíos y primos se ayudaban mutuamente y compartían costumbres y tradiciones. El seno familiar y del vecindario, era el espacio donde los más pequeños escuchaban y aprendían cuentos, leyendas, refranes y canciones que de generación en generación se transmitían.

No eran muchos los que se atrevían a salir en las noches sin luna porque la electricidad no llegaría sino hasta muchos años después. Un vecino aseguraba haber estado frente a frente con “la luz” y haber salido del trance invocando el nombre de Dios mientras, todo erizado, no podía ni caminar.

‘La Llorona’, junto con ‘El Cadejos’ y ‘La Segua’, eran otras de las leyendas... (Luna, p. 5).

Las ocasiones para compartir las comidas tradicionales son frecuentes y aún perduran. Son entre otras los tamales en navidad y la miel de chiverre durante la Semana Santa (Acuario p. 1).

La radio había iniciado su aparición hacía dos décadas y en ese entonces era una gran novedad. En muchas viviendas urbanas existía un aparato, por medio del que se difundían las últimas piezas musicales, las radio-novelas, las informaciones nacionales e internacionales, y los programas cómicos, de compositores y actores del país. La prensa, —de más larga data— desempeñaba un papel fundamental en la vida diaria, sobre todo en los centros urbanos, como forjadora de opinión. Esto lo tenían claro los políticos y sus partidos y por eso invertían en el control de los medios informativos.

Escuelas y colegios se encontraban dispersos en los universos rurales y urbanos. La ciudad de San José concentraba el mayor número de estas instituciones y por supuesto, las de mayor prestigio. A inicios de la década, la Universidad de Costa Rica abrió sus puertas en

el centro de esta ciudad, para satisfacer la demanda de los sectores medios que se sentían constreñidos en una sociedad que no les brindaba mayores opciones.

La capital de calles angostas, pero con parques y espacios públicos que expresaban el “progreso liberal”, concentraba el mayor número de población. Los servicios urbanos, tales como: el teléfono, el tranvía, el telégrafo, los servicios bancarios, sociales, y otros, también se concentraban en los centros urbanos más poblados del Valle Central. En casi todas las provincias, con excepción de Guanacaste, existía un hospital. No obstante, las comandancias y cuarteles se encontraban en todas las provincias. En los cantones y distritos se ubicaban las delegaciones cantonales y distritales dispuestas a mantener la seguridad y el orden. Adscrito al ejército, el cuerpo de policía recreaba las prácticas militares de la obsoleta institución castrense.

Era mi obligación primordial desfilar con la Policía Nacional en la Misa de Tropa de la Catedral Metropolitana, para lo que fui entrenado en la Plaza del Cuartel de Cuesta de Núñez. Aprendí todos los mandos militares ejecutando maniobras difíciles para un niño de tan corta edad. Por este motivo recibí una condecoración de Honor al Mérito, de parte de la Policía Nacional, que conservo con cariño y orgullo (Elivano, p. 5).

Una reducidísima fuerza militar, mal preparada y en condiciones paupérrimas, permanecía acuartelada. En la casa presidencial, la “Unidad Móvil” era el cuerpo que resguardaba la seguridad personal del gobernante y tenía a su cargo la seguridad territorial. Esto a partir del cordón de seguridad creado y mantenido por los norteamericanos, a lo largo del continente para protegerse, inicialmente, de los enemigos de las potencias del eje: alemanes, italianos y japoneses.

II. LOS CAMBIOS EN EL MUNDO INFANTIL PREVIO AL CONFLICTO ARMADO

El mundo infantil de la época percibe experiencias inusuales que afectan la vida cotidiana de

los niños y sus familias. Una de esas experiencias se vive partir de las representaciones sociales y los efectos económico-sociales, políticos y culturales provocados por la Segunda Guerra Mundial. La guerra se vivía por medio de los comentarios de los mayores y de las noticias que transmitían los medios de comunicación: la prensa, la radio y el cine. En el país, durante la década, se genera un clima de intolerancia y violencia que origina escenas cotidianas que causaban ansiedad y temor, como el infundido por las brigadas de hombres “furiosos”, que recorrían San José, saqueando “los comercios de alemanes, italianos y franquistas, y lanzando piedras a todos aquellos que no tuvieran la señal de la “V”. Fue así como supe que había aliados y enemigos, buenos y nazis” (Tabaré, p.1).

Las vivencias de una niña limonense se remontan al día cuando fue torpedeado el buque norteamericano “San Pablo”, anclado en la bahía y visible desde su casa. Desde este punto ella observaba sus banderillas en medio del fuego y el humo. Luego recuerda, a la gente gritando: “¡fue un submarino, un submarino alemán!” (Marlene, p.1).

La mascota de la Policía Nacional, durante el gobierno de Teodoro Picado, un niño de apenas siete años, recuerda el campo de concentración, ubicado en San José, y que luego, agrega, se convierte en el cuartel de la policía (Elivano, p.3). Estas vivencias generan reacciones muy diversas y marcan la infancia de los informantes, desde el inicio de la década de 1940. Un pequeño residente de la provincia de Heredia, en esos años, recuerda:

Sólo la noticia del fin de la guerra pudo aliviarme de la pesadumbre y el temor causados por la ignorancia de la gente, cuyos comentarios llenaban mi cabeza de horribles fantasías,... (Roca Viva, p.1).

El cierre de los mercados europeos implica el desequilibrio de la balanza comercial del país, y, además: escasez, carencia y altos precios de los artículos importados. “Para los más desposeídos, eran años de mucha pobreza. Y si se era hijo natural de una inmigrante obrera, la situación se ponía a veces más difícil” (Tabaré, p.1).

A la crítica situación económica, se le suma la agitación, la polarización política y la división de la familia costarricense, lo que redimensiona los temores, la inseguridad y la violencia. Los aires de guerra se intensifican después de la campaña electoral de 1944, cuando Teodoro Picado, al frente del Bloque de la Victoria alcanza el poder. Mientras tanto, su principal opositor el ex presidente León Cortés, desaparece de la escena política y silenciosamente, es suplantado por José Figueres, un personaje poco conocido, que no está dispuesto a ninguna transacción política, con el fin de establecer un nuevo estilo de desarrollo y un recambio de las estructuras de poder.

Sin tapujos, dos informantes josefinos, recuerdan en su relato: “que éramos algo para nosotros bueno y sagrado: éramos comunistas” (Luciano Noguera, p.4). Una niña recuerda, “Papá Carlos decía siempre con orgullo que el era comunista, zapatero y de Barrio Keith” (Pima, p.5). Un niño-adulto recreó con nostalgia las vivencias al lado de su padre, un empleado público, perteneciente al partido oficial, el Republicano. Aquel partido que impulsó las reformas sociales y culturales, a inicios de la década de 1940 (Conde D’Odio, p.3), y cuyo líder indiscutible era Rafael Ángel Calderón Guardia, “el Doctor”, como lo llamaban sus seguidores.

La oposición es encabezada por el ex-Presidente León Cortés, perdedor en las elecciones de 1944. A su muerte, emerge un nuevo líder:

Otilio Ulate, dueño de un periódico, a quien le fascina el “trinquis” y lo apodan cariñosamente “el mono”... Un alajuelense auténtico —¡claro está!— incapaz de rechazar la costumbre de los motes (Acuario, p.2).

No obstante, Otilio Ulate no contaba con la imagen y el carisma de Cortés, por lo que su liderazgo, es cuestionado y reemplazado por otra figura con mayor fuerza y un proyecto de sociedad más definido.

La guerra fría —como concepto— no aparece en los relatos, pero uno de los estribillos que una vecina dice a otra, evidenciaba la pugna ideológica propia de esa contienda:

Ángeles con carabina, apuntad al cortesismo. Corazón divino y Santo, libranos del comunismo. Así cantaba con voz alta doña Margarita al otro lado del tabique para mortificar a mi madre (Luciano Noguera, p.4).

La violencia acompaña las contiendas electorales y la vida diaria. La ejercen las fuerzas gobiernistas y las de la oposición: golpizas, saqueos, quema de autos, atentados, huelgas y otras vivencias conforman el cargado ambiente de violencia en que crecen los pequeños. Ellos, ya grandes, expresaron las angustias, los temores y las emociones de esos años, aunque hacen notar, como siempre les quedaba espacio para los juegos, los cuentos, las canciones, los pleitos con otros niños y la construcción de fantasías.

Episodios relativos a la huelga de brazos caídos, a la manifestación de las mujeres de 1947, las elecciones de 1948 y a la muerte del doctor Carlos Luis Valverde, impactan la mente infantil y se perciben, como parte de los eventos que desembocan en el enfrentamiento armado de 1948.

Los autores, en su mayoría, utilizan indistintamente, los conceptos de revolución y de guerra civil, para referirse a esa expresión mayor de la violencia: la guerra caracterizada por el miedo, las balaceras, los bombardeos y los apagones.

III. BALACERAS, BOMBARDEOS Y APAGONES, “ESTALLA LA REVOLUCIÓN”⁴

La guerra me había parecido lejana y ajena. Mis dos familias están en bandos contrarios. Tía Challo, hermana de papá, se había alistado en las fuerzas del gobierno picadista y los Herrera, hermanos de mamá, en distintos frentes de las fuerzas figueristas... papá, mariachi, más romántico que convencido (Cabuya, p.1).

Así se abre paso la guerra, en un ambiente lleno de contradicciones, acentuando la división de las familias del campo y la ciudad, e inclusive de los niños que reproducían, por lo ge-

neral, la posición de los mayores. La tranquilidad de aquellos días soleados de marzo, previos a la Semana Santa y al inicio de lecciones, se pierde. La incertidumbre, el temor, el hambre, ocupan su lugar.

En el ámbito nacional, el conflicto armado refleja las dudas sobre la corrección del proceso electoral, el descontento de años de protestas muy diversas, de abusos de autoridad, de matones, terroristas, de consignas ideológicas, de nuevos líderes con acceso a la prensa y de radioemisoras *comprometidas con las causas en disputa*. *Los dirigentes*, dependiendo del bando, *tenían* un sólo propósito: mantenerse en el poder o ascender a él; ahora mediante la fuerza y la capacidad que otorgaban las armas y las máquinas de guerra.

El estallido de la guerra civil es esperado de un momento a otro. Los preparativos, de parte de ambos bandos se remontan a años atrás; los hombres empiezan a desplazarse desde distintos puntos del país para apoyar al grupo político de su preferencia. Una niña guanacasteca residente en la hacienda Santa Rosa, donde su padre trabajaba como mandador, relata que ellos abandonan la hacienda debido a la inquietud que generaban las informaciones sobre la guerra civil. “La revolución se gesta desde principios de febrero de 1948” (Guaria Huele Noche, p.1).

Un niño alajuelense guarda en su memoria que:

Una límpida mañana estival, impregnada por melosos aromas de chiverre azucarado, llegó la guerra civil... —¡Estalló la revolución!—.

Luego de aquel inusitado anuncio... todos corrieron acuciosos en busca del radio colocado sobre un escaparate (Acuario, p.1).

Pese al control estatal, a los decomisos de las radios, las emisiones de mensajes, transmitidos por la radioemisora clandestina de los hombres de Figueres, no deja de oírse. Con júbilo, los partidarios de este bando —luego de escuchar las notas de la Quinta Sinfonía— se enteraban de las noticias sobre el levantamiento en el sur del país y otros puntos del territorio nacional.

Las vivencias de las niñas y los niños sobre la guerra son múltiples y variadas. Se

4. Se hace una selección un tanto arbitraria para destacar aspectos, hasta ahora desconocidos o poco tratados.

encuentran en ellas, referencias a los frentes de guerra y a las batallas en San Isidro, San Ramón, Limón y Cartago; así como a los enfrentamientos en distintos sitios, hasta ahora no mencionados, tales como Puntarenas, Naranjo, Alajuela centro, Zarceró, Heredia y los diversos cantones josefinos. Un niño cartaginés relató que

Aquel primer día fue de gran movimiento. Vi pasar camiones cargados con hombres que llevaban rifles y cascos. Les vi la faja de tiros que relumbraba en el pecho y en la espalda de cada uno de ellos. Las ambulancias inician su ulular y todos los niños del barrio imitábamos su sonido (De la O, Anthony, p.1).

1. LAS ESCUELAS-CUARTELES

Las vacaciones se prolongaron. Muchos menores estaban listos para el inicio de lecciones. “Tienen el uniforme y el bulto, pero las clases no se inician”. (Chachito, p.5). Esto tiene que ver con lo que dice una niña:

Toda la noche se escuchó un taca-taca que golpeaba el silencio inusual de la ciudad empavorecida. De vez en cuando se oían explosiones mayores que me parecían bombetas (Memoriosa, p.1).

Los edificios públicos, como ferrocarriles y centros sanitarios se ocupan como cuarteles. Las escuelas y colegios corrieron igual suerte. Un pequeño josefino sin percatarse del peligro de su osadía narra lo que observó cuando ingresa al recinto del Liceo de Costa Rica:

En las aulas se encontraba armamento de todas clases; otras se ocupaban como dormitorios y hasta había una especie de “tiro al blanco”, donde llegaban los soldados a mejorar su puntería (Mechio, p. 1).

El acercamiento de los niños a la cotidianidad de la guerra se entremezcla con su inocencia y su creatividad. Los juegos de guerra con su mejor expresión. Estos se practican durante y después del conflicto. Las balas se

utilizaban como llaveros, una vez extraída la pólvora, y esta la utilizaban para hacer “volcanes”. Las municiones se obtienen mediante, cierta libertad de movimiento que los soldados permiten, por ejemplo, al niño del barrio del Liceo de Costa Rica.

Un pequeño vecino de Cartago sostiene que

Los chiquillos salían a la carretera a jugar de guerrilleros, y le gritaban a cada carro —¡Alto, alto!—, ¡que iban a parar! Ni nos oían... La guerra, [agrega], los chiquillos la teníamos metida en la cabeza. [Es por eso que al terminar la “revolución” y anunciarse el comienzo de las clases, este niño dijo a su padre]: Me regala la chuspa de las balas para llevar los cuadernos a la escuela. ¡Sí! ...y salí corriendo a traerla. Estaba colgando en el clavito donde él la dejó (De la O, Anthony, p. 8).

Tambores de guerra improvisados, hechos con latas de manteca, y escuelas ocupadas como cuarteles denotaban las contradicciones de los niños y los mayores durante la guerra.

2. LAS MUJERES Y LA GUERRA CIVIL

“Mi familia estaba formada por mi madre, la abuela y cinco niños” —dice una pequeña (Orquídea Morada, p.1). La mujer como jefe de hogar no era el modelo usual en la época, pero la guerra civil se encarga de establecerlo, al menos temporalmente. Los hombres se encuentran, unos en los frentes de lucha, otros huían y hubo quienes permanecen presos. Por eso hay mujeres-madres, esposas, hermanas y tías solas. Un niño josefino relató:

Mi madre contaba que un día había llegado Tavío y la había empujado con el rifle (Milton, p.20). [Por su parte la tía Thelma ilustra el coraje femenino]: ¡Voy a registrar su casa, señora! —exclamó Tavío, con voz de tormenta—. ¡No se mueva!, le contestó tía Thelma, apuntándolo. ¡Aquí no entra! ...Tavío no lo podía creer... Con una sonrisa salió sin saber por qué lo hacía (Lilith de Catarrana, p.4).

Estas escenas de violencia se repitieron una y otra vez. Los relatos tienen como constante el valioso y valiente papel de la mujer que supo hacer frente a las penurias de la insólita situación: mujeres embarazadas, dando a luz en condiciones extremadamente difíciles; prestando apoyo estratégico y logístico en forma voluntaria, y en otras ocasiones de manera forzada. Ellas cocinaban, servían alimentos, cosían uniformes o transmitían mensajes con la complicidad de sus hijos e hijas.

La solidaridad se contrapuso al odio y al temor provocados por la guerra. Esta se impuso entre opositores, en más de una ocasión. Una niña cartaginesa de padres mariachis, lo nota “cuando ve a su madre llamar y dar de comer a unos combatientes figueristas allá en el Tejar” (Lica, p.3).

Al finalizar la guerra, lentamente, se vuelve a la normalidad. Paul en su testimonio nos dice:

Volvieron a renacer los pleitos de cantina durante las noches o los fines de semana. Pero en lo oscuro, en el silencio, en el anonimato repercutía un proverbio plagado de maldiciones: No les compren, no les vendan. Ni siquiera los saluden. Este dicho fue acuñado durante la huelga de brazos caídos, pero aún así, seis meses después de que terminó la guerra su eco seguía quebrándose entre la niebla perenne. Creo que no fue sino hasta dos años después que ya las cosas se apaciguaron del todo. O tal vez no, porque todavía pervivían muchas heridas abiertas, sobre todo entre los que habían estado más comprometidos con uno y otro bando. (Paul, p.16).

IV. EL MUNDO DE LOS VENCIDOS

La guerra civil se prolonga del 12 de marzo de 1948, cuando se levanta en armas José Figueres Ferrer en el sur del Valle Central, hasta el 19 de abril cuando se firma el Pacto de la Embajada de México, donde se estipulan “garantías para las vidas y haciendas de todos los ciudadanos que estuvieran directa e indirectamente comprometidos con el conflicto”, la correspondiente indemnización a todas las fami-

lias de las víctimas, sin distinción de partidos políticos, la no ejecución de “represalias de ninguna especie” y “una amnistía general”. Asimismo, debido a un acuerdo previo entre José Figueres, líder del Ejército de Liberación Nacional y los comunistas, quienes estaban convencidos de haber ido a la guerra a defender las “garantías sociales”, se señalaba que

todo lo relacionado con las garantías para la promoción del bienestar social y económico de las clases trabajadoras se ha contemplado en un documento especial que presentará el “Ejército de Liberación Nacional” al Jefe del Partido Vanguardia Popular⁵.

No obstante, ninguna de esas garantías se cumple a cabalidad, tal y como sucede en toda guerra, y las familias costarricenses se dividen en dos bandos, el de los vencedores y el de los vencidos. La polarización política y la profundización de la lucha de clases que se genera desde las elecciones de 1944, imposibilita mantenerse al margen o denominarse “neutral”. En consecuencia, las marcas que deja la guerra civil impactan la sociedad costarricense de los últimos cincuenta años, en especial a los niños que crecen antes y después del conflicto, la llamada generación de 1948.

1. LOS CAMBIOS DEL ENTORNO

Una niña escazuceña, desde su óptica, describe el cambio de la situación:

Eran tiempos lindos porque nunca se estaba solo, siempre teníamos ese montón de familia, no recuerdo escuchar predisposiciones de unos contra otros, o perderse amistades por cuentos. Sin embargo, la política todo lo cambió, arruinó mi mundo y casi mi vida, porque después del cuarenta y ocho nada volvió a ser igual (La niña que perdió la luz, p.3) .

5. Aguilar, Óscar. *Costa Rica y sus hechos políticos de 1948, problemática de una década*. San José: Editorial Costa Rica, 1983, p. 387-392.

El relato de un mariachi permite conocer su autoidentificación de derrotado.

Para entonces, nosotros los mariachis habíamos perdido. Mi maestra de segundo grado y mi director habrían de ser trasladados a una escuelita a cien kilómetros de distancia y el revanchismo y la contrarrepresión estaban en su apogeo y las cárceles se llenaban de ciudadanos pertenecientes a un bando que muy poco tiempo antes era el partido gobernante. En mis cumplidos ocho años de edad había vivido y participado en una campaña política tan ardua que los niños también éramos beligerantes, gritábamos y lanzábamos “vivas”. Era una campaña de esas que hacen recordar todas las anteriores... (Jerónimo, p.1-2).

Tabaré, percibió que él y su mamá formaban parte de los perdedores, al igual que los llamados “calderocomunistas”.

Cuando la guerra terminó fuimos a la Casa Verde, por los alrededores del parque Morazán, donde estaba la Confederación de Trabajadores. Fue un día muy triste. Los linieros de Fallas entregaban sus rifles y a cambio les daban cien colones que una turba les arrebatava después de darles una golpiza. Aquellos hombres morenos, con sus cobijas al cuello y su piel curtida por la intemperie, me transmitían una sensación de desamparo y dignidad que jamás olvidaré (Tabaré, p.9).

María Candelaria, hija de maestros y vecina de Alajuela recuerda que:

... el radio Philips holandés, que era el orgullo de la familia, este aparato nos traía noticias que, mezcladas con las bolas, nos dejaban en tal estado de confusión y de miedo que a mí me tiritaban los dientes, si así lo pudiera describir. El futuro se tornaba incierto.

Ella pronto observaría que el entorno que la rodeaba cambiaba en todas sus formas y detalles. Mincho, el policía que cuidaba la ca-

lle y quien permanecía eternamente recostado junto al poste de luz, que se situaba en la esquina,

[con su] uniforme azul marino, confeccionado con tela de lana gruesa, botones dorados, su manga larga, cerrado hasta el cuello... una vestimenta bastante señorial para la figurita insignificante, humilde y sencilla que lo lucía, [ese campesino metido a policía, vigilante de sus juegos en las bellas y soleadas tardes alajuelenses desaparecería].

Al abrirse paso la revolución, no volví a ver a Mincho, el poste lucía vacío. Luego aparecieron unos que llamaban guardias civiles, pero a ratos pienso que no tenían el espíritu de Mincho, estaban marcados por ese odio que engendró esa guerra de hermanos, la cual hoy si entiendo, y me duele que se hayan peleado entre sí gentes del mismo tronco materno...

María Candelaria, al igual que muchos hijos de los vencidos observaba que los niños con quienes había compartido ratos de esparcimiento, también se alineaban junto a sus padres, “... me dolía en lo hondo, que muchos de mis amiguitos ya no jugaran entre ellos ni conmigo; los papás les habían prohibido que lo hicieran” (María Candelaria, p.6 y 7).

En el campo de los vencedores las cosas se miraron diferente, el futuro se percibió con optimismo, especialmente, por aquellos niños pobres como Elizabeth, vecina de Turrúcares:

Como el tiempo pasa los presos que se llevaron primero regresaron y entonces se llevaron a los mariachis, esos duraron más de un año presos. Antes la política comenzaba muy temprano empezaron a llegar a hacer reuniones, ya don Pepe tenía ganado el lugar, hasta mi papá era liberacionista y no se tenía que esconder, más bien le dieron trabajo de peón de línea en el Ferrocarril y ahí se acabaron las miserias. A nosotros en la Escuela nos iba bien, nos daban libros, cuadernos y a veces ropa. En el recreo nos daban leche y pan... En la pulpería nos fiaban, el

dueño era liberacionista y mi papá también. Como el Indio Escalante era casi yerno del dueño de la pulpería y había ido a la guerra el ambiente era distinto y atraían a mucha gente. Por fin llegó el candidato que más recuerdo por lo que ofreció, el señor José Figueres, decía que a los pobres les iba a dar una vaca y una máquina de coser, yo estaba un poco más grande, y con el ofrecimiento el corazón me latía fuerte, de veras creía que era cierto... (Elizabeth, p.7).

2. Y VINIERON LAS REPRESALIAS...

Los vencidos debieron enfrentarse a un nuevo mundo estructurado por la consigna, creada por Otilio Ulate, candidato de la oposición al gobierno en 1948 y dueño del principal periódico opositor, que rezaba así “No le compre, no le hable, no le venda, no lo salude”. Una de las represalias, que se repite en los relatos, es la del desalojo de las viviendas.

Colocha, una niña de Hatillo, de familia calderonista, sufrió la muerte de su padre en los días previos a la elección de febrero de 1948, y la casera sin siquiera conocer los resultados electorales, sin siquiera sospechar que muy pronto pasaría al bando de los triunfadores y sería gobierno, le pidió a la madre que recién quedaba viuda y responsable de una familia numerosa, que desocupara la casa donde vivían.

Sucedió el día de novenario de mi padre; que llegó la dueña de la casa en que habitábamos y donde vio un “viva Calderón Guardia” en el frente de esta, de inmediato le comentó a mamá que ese partido no le gustaba nada, pues según ella la gente que lo componía eran usurpadores que querían adueñarse de los bienes que a las demás personas les había costado, mi madre tratando de aplacar el evidente enojo de esta señora, optó por restarles importancia a tales comentarios, bastante despectivos y hasta ofensivos hacia los seguidores de tal candidato, agregando que no le merecían ninguna confianza. Mamá siguiendo su consigna de paz, le

recordó el duelo que estábamos pasando y que por tal motivo no tenía ánimos ni para lo que precisaba, menos para politiquear, además de que para ella, ganara quien ganara, siempre trabajaría lo mismo y ahora sola con más razón. No obstante, esta indiferencia partidista mostrada por mi madre no la convencería en nada, pues muy tajante y autoritaria desdén el pago de lo que se le debía y aduciendo que el trato de alquiler había sido con mi padre, en ese momento lo daba por terminado, puesto que ya él no existía. De esta forma quería prevenir problemas con una viuda con seis hijos y en su mayoría pequeños.

Colocha recuerda así la partida de la casa:

Confieso que en particular a mí me llenaba de tristeza trasladarnos de Hatillo, al barrio Teodoro Picado, hoy “Sagrada Familia”, no es que no me gustara el lugar, sino que en Hatillo se me quedaban muchos afectos de carácter familiar que luego extrañaría, además de que había desarrollado un hábito muy particular y arraigado en mí, como era que los lunes a primera hora me iba a pie hasta el santuario de Alajuelita, de rodillas ante el Santo Cristo y muy a mi modo le comunicaba las inquietudes y deseos que yo escuchaba de mis padres, además que siempre nos protegiera a toda la familia. Después que murió papá me resentí con Dios...

No obstante, las plegarias de Colocha no surtieron efecto porque la dueña de la casa “nos consideraba una amenaza para sus bienes, por ser nosotros partidarios del calderonismo que para ella y todos los opositores; éramos comunistas”.

3. LA PERSECUCIÓN Y LA CÁRCEL PERMANENTE

Aquel niño, hijo de un abogado de militancia comunista e importante dirigente de ese Partido, muy pronto incorporó un nuevo concepto a su léxico y a su visión del mundo, cuando un

hombre a quien su padre ayudó a resolver un conflicto laboral en su favor, con la legislación laboral que recién se promulgaba, se presentó a su casa para tomarlo preso y oyó la voz doliente de su tía diciendo:

Volcado, lo que sos es un hijueputa volcado” (Luciano Noguera, p. 20). Volcado ¿qué significa aquello? Y fue así como rápidamente comprendí... que en la guerra nosotros habíamos sido derrotados... en una palabra que éramos los vencidos.

Florencio, al igual que otros hijos de presos políticos recordó las angustias de las múltiples veces que su padre estuvo preso, así como los desplantes de los “nuevos carceleros”, especialmente aquel día del padre, en que su mamá preparó un pollo para llevarle a la cárcel.

Llegamos y quien salió fue el jorobado, como todos le decían. Nos miró con gran desprecio y, con un gesto grosero, le espetó a mi madre:

¿Qué quiere? Ella, mostrando ecuanimidad y poniendo las cosas en su debida distancia y lugar, le contestó: Yo soy la señora y él es el hijo, de la persona que ustedes capturaron ayer. Le traigo algo de comer, y sé que por orden suya lo maltrataron y lo tuvieron en un estañón con agua toda la noche. El jorobado acusó el golpe de que ya se conociera su infame conducta y de topár con la valiente dignidad de mi madre; y poniéndose más malcriado todavía, nos gritó: Para ese hijueputa comunista, esto es lo que recibimos de comida: ni mierda. Tomó el envoltorio que cuidadosamente ella había preparado y lo lanzó a media calle (Florencio Rivas, p.11).

4. LOS HIJOS DE LOS ASESINADOS ESTANDO PRESOS

En diciembre de 1948, producto de la aventura calderonista encaminada a retomar el poder por la vía de las armas, se efectuó una invasión a suelo costarricense desde la frontera

norte, por lo que la situación de los presos políticos se complicó muchísimo. Algunos funcionarios de la Junta de Gobierno decidieron, por cuenta propia, el asesinato de importantes líderes calderonistas y comunistas, como sucedió con la masacre del Codo del Diablo, donde asesinaron a los presos políticos encarcelados en el Cuartel de Limón, mientras eran transportados en ferrocarril, para supuestamente ser trasladados a San José. Así como el crimen de la Cangreja, lugar donde asesinaron a importantes dirigentes de la Confederación de Trabajadores de Costa Rica, los cuales habían sido sacados desde la Penitenciaría Central.

Uno de los mártires del Codo del Diablo fue el abogado comunista Federico Picaudo Odio, recién electo diputado por Limón, en las elecciones de 1948. Su hijo, quien contaba con 12 años en ese entonces, recuerda cuando fue a dejarle comida a la cárcel y le comunicaron que su padre había sido trasladado a San José durante la noche. Su madre imposibilitada de viajar, para no dejar solos a los hijos pequeños, le encomendó que fuera a la Penitenciaría Central a ubicar a su padre. Lico nunca olvidaría ese viaje en tren, muy tenso, donde le embargaba la incertidumbre y se formulaba mil preguntas sobre lo que estaba viviendo. Tampoco olvidaría que al llegar a la estación del ferrocarril lo esperaba su tía, quien lo sustrajo de la ruta diseñada por su madre y lo hizo caminar hacia su casa entre sollozos.

Lo que ahí pasó ya se lo imaginaron: una sala mediana, sin muebles, con un ataúd al centro montado sobre dos mesitas y de espaldas a las paredes unos pocos tíos, parientes, amigos... Setico se acercó directo al féretro, tembloroso, todavía con una leve esperanza de que no fuera su padre el que estaba ahí; su tío Alfredo lo abrazó y juntos contemplaron el rostro de su padre y hermano: Federico (Lico, p.12).

5. TRAS LAS ARMAS

Los registros a las casas de los derrotados, todos aquellos militantes o simpatizantes

del calderocomunismo, hubieran o no ido a pelear a la guerra, fueron tan frecuentes como los apresamientos a los hombres, debido a las intenciones calderonistas de tomar el poder por la fuerza desde la frontera con Nicaragua, en diciembre de 1948 y en 1955.

Florencio recuerda cuando llegó a su casa, después de acompañar a su madre a confirmar que su padre se encontraba detenido en la Penitenciaría Central.

... Cuando entramos: todo estaba revolcado y tirado por el suelo; las fotos de Calderón y Manuel rotas y esparcidas por el patio. Los cuadros de Stalin, Lenin y Marx, en cambio, estaban intactos. Recuerdo a mi madre diciendo: ¡estúpidos!... El patio había quedado lleno de huecos, hechos sin ton ni son, pues según me explicó mi madre buscaban armas enterradas.

¡Cómo si las hubiéramos tenido! agregé más para sí que para mí. Y concluyó: entonces otro gallo nos cantarí.

Eso me gustó y decidí apropiarme de la consoladora idea porque me ayudaba a paliar mi condición de derrotado, que no me gustaba en lo absoluto. ¡Si hubiéramos tenido armas! Me decía a cada rato a mí mismo.

La niña de los ojos verdes-gris también recuerda los frecuentes registros:

Nuestra casa era registrada dos o tres veces al día por hombres burdos y groseros que allanaban la casa en busca de un arsenal que, según ellos, escondía mi pacífico abuelo. Por supuesto que las armas nunca se encontraron, lo que sí encontraron para llevarse fueron las alhajas de mi madre y mi abuela.

6. LA PÉRDIDA DEL TRABAJO

La Junta de Gobierno, en su decreto número 7 del 11 de mayo de 1948 dispuso la remoción de los funcionarios públicos, vinculados a los gobiernos del Dr. Rafael Angel Calde-

rón Guardia y del Lic. Teodoro Picado, sin derecho a pre-aviso y cesantía, precisamente las conquistas laborales obtenidas en esos años. Este decreto también autorizó a las empresas particulares a despedir de sus puestos a los trabajadores calderocomunistas sin responsabilidad patronal⁶. De esa forma obreros de las plantaciones bananeras y de otras actividades agrícolas, trabajadores de los puertos, artesanos y empleados públicos, muchos de los cuales habían trabajado gran parte de su vida en esa empresa o institución, perdieron todos sus derechos laborales. Derechos que como apunta Tabaré: “nacían de nuestro propio trabajo, quedando atrás la dependencia caprichosa y humillante del buen corazón patronal” (Tabaré, p.6).

Recuerdo que al día siguiente a papá lo despidieron del trabajo porque llegó muy triste a la casa y nos contó que lo habían echado, lo cual pareció no haberle dolido mucho, pero lo que sí le había causado un gran sufrimiento fue el hecho de que lo habían “congelado”, nombre con el que calificaban a quienes se despedía sin explicación alguna, sin garantías y que a partir de ese momento serían investigados exhaustivamente para ver si habían robado o se habían enriquecido durante su paso por el gobierno como empleados públicos. A partir de ese momento se inició el gran sufrimiento de papá y el nuestro, el funcionario íntegro que creyó que lo respetarían por su honradez, el hombre que se puso la coraza de la integridad para seguir cumpliendo sus funciones, el empleado público que estampaba sus huellas en el diario acontecer de las finanzas del Estado fue señalado por el dedo de los nuevos gobernantes como corrupto, así no más, sin pruebas, sin defensa, sin consideración alguna. La persecución fue implacable, se le cobró haber sido funcionario gubernamental y ante la falta de recursos para adquirir comida nuestra madre tuvo que repartirnos entre nuestros familiares por un tiempo mientras papá encontraba algún sustento (Conde D’Oidio, p.9).

6. *Ibid*, p.439.

Un sector muy perseguido fue el de los intelectuales, muchos de los cuales se desempeñaban como maestros o profesores, para ellos se creó la Junta Calificadora del personal docente integrada por Claudia Cascante, Margarita Martínez, José María Chaverri y Lesmes Mora, quienes decidieron los despidos y las reubicaciones del personal del Magisterio Nacional.

La familia calderonista, se vio afectada y creció nuestro temor, pese a que nadie empuñó un arma, más que la enseñanza, pero el solo hecho de ser calderonistas desató un odio que no es fácil describir y que fue duro vivir. Una tarde, recuerdo, llegó a mi casa una conserje, enviada por una subalterna de mi madre, que venía, nada más y nada menos que a pedirle las llaves de la escuela. El recado era: “Usted ya no es la directora de la escuela, deme las llaves”. [Luego agregaba] “Nunca olvidaré ese día. Sentí un miedo horrible, ya que mi orgullo era mi mamá maestra y, además, directora de la más importante escuela de Alajuela, de ese entonces (María Candelaria, p.6).

En esos tiempos de grandes pasiones, odios y venganzas hubo costarricenses que revelaron y ofrecieron sus mejores virtudes, la generosidad, la solidaridad y la tolerancia, para que los niños de esa generación tuvieran la oportunidad de fortalecer sus afectos y poco a poco, ir cultivando una cultura de respeto al opositor político. Auromontano, en medio del desamparo no olvida cuando don Emiliano Odio, Inspector de Escuelas en Puntarenas, tendió una mano a su padre despedido.

Resulta claro que en aquella región eran pocos los maestros normalistas y posiblemente ninguno con la experiencia de mi padre lo que llenó de satisfacción a don Emiliano, pues contaría con un valioso maestro. El caso interesante de relatar fue la visita de vecinos de El Tigre a la Inspección de Escuelas de Puntarenas, con un escrito pidiendo la destitución de mi padre, por cuanto era un mariachi reconocido. Don Emiliano al leer la carta,

la rompió parsimoniosamente en pedazos, al tiempo que decía: “el macho Morales se queda y dénese con una piedra en el pecho, que por mucho tiempo no tendrán una persona como él” (Auromontano, p. 8).

7. LA VIDA EN EL EXILIO

La ausencia de garantías a la seguridad de las personas, la “intervención” de un gran número de personas, el establecimiento de los *tribunales de probidad y de sanciones inmediatas*, creados para despojar de bienes mal habidos a los supuestos corruptos ligados a las administraciones de Calderón y Picado, obligaron a muchos costarricenses a buscar el exilio. Además, para castigar “toda clase de vejámenes y de hechos delictuosos, cometidos por parte de funcionarios y empleados de esos gobiernos, como de parte de individuos afiliados al llamado caldero comunismo”⁷. Los veredictos de estos tribunales eran inapelables. Este ambiente de odios y revanchas, unido al posterior decreto de ilegalización del Partido Comunista y la realización del proceso jurídico para disolver la Confederación de Trabajadores de Costa Rica, obligaron, también, a muchas personas a buscar las rutas del exilio.

De esa forma algunos huyeron en retirada hacia Nicaragua, otros fueron a parar a Venezuela, algunos a Guatemala y a México. El exilio estuvo matizado de contrastes porque aunque a los exiliados los unía su condición de perseguidos políticos, las diferencias personales, sociales y ocupacionales, definieron múltiples exilios.

Pity rememoró:

Cuando mamá decidió que mi tío Fernando de —14 años en ese momento— y yo nos fuéramos para Guatemala; y lo hicimos el día 2 de mayo de 1948. Me acuerdo como hoy del desconuelo al despedirnos de mami, de ir en aquel avión solos, de lo desconocido... Se me hizo larguísimo el viaje. Aún guardo el

7. Quirós, Claudia *Los tribunales de probidad y de sanciones inmediatas*. San José, Editorial Costa Rica, 1989, p.71.

pasaporte con que viajamos; éramos un par de muchachitos juntos en la foto. Mi tío me tiene abrazada. ¿Cómo se sentiría a tan temprana edad viendo su mundo derrumbarse de un momento a otro? Aún así, su brazo me protege (Pity, pp.5-6).

La vida de los exiliados, especialmente la de los adultos, fue difícil no solo por la necesidad de adaptarse a otra sociedad, la intranquilidad que producían las noticias provenientes de Costa Rica, sino por la imposibilidad de hacer marcha atrás el tiempo y poder recuperar el terruño. Pity lo describe así:

Había cosas que yo no entendía a mi edad. En aquel entonces, bastaba con tener cerca a mi familia para estar bien, conforme, tranquila. Pero mis mayores señalaban tantos defectos del país en que vivíamos, ¡veían tantas cosas que yo no veía! A mí me gustaba Guatemala y no me sentía mal. Fue tiempo después que me di cuenta de lo que pasaba: el vivir en otro país, no por gusto sino impuesto por las circunstancias, y no poder regresar al país natal cuando se quisiera, hacía de la estancia allá una pesadilla. Se vivía con amargura, con nostalgia, con impotencia; era el ostracismo puro y llano (Pity, p.10).

La niña de los ojos verdes-gris no olvidó la persecución de que fue objeto su familia, por la que se vio obligada a abandonar Costa Rica.

En un principio la familia pensó en irnos a los Estados Unidos, lo que eventualmente tuvimos que hacer en el 55, cuando la situación de los hombres de la familia se tornó insostenible. Sin el apoyo de los “amigos” que sin razón alguna se convirtieron en “enemigos”, era muy difícil conseguir trabajo. Había una especie de consigna que dictaba una regla “si es calderonista no se le habla, no le compre, ni le venda”; y fue sorprendente el número de personas que se apegaron a esta disposición de los fundadores de la Segunda República. Una república fundada sobre el dolor de unos y con el odio de otros. Mi madre sostenía el hogar cocinando ajeno... (La niña de los ojos verdes-gris, p. 4).

8. EL ALEJAMIENTO DE LA LOCALIDAD

En la Costa Rica de esa época poco comunicada, carente de medios de transporte modernos, donde muchas personas nacían y morían en un pueblo, sin visitar las costas u otros lugares, era fácil realizar un “exilio sin pasaporte”, lo que había que hacer era abandonar el pueblo o cambiar de barrio o de provincia, para intentar construir una nueva vida. Los hijos de los perdedores nos relatan esa separación de sus raíces, del entorno familiar y las huellas que ese abandono dejó en su vida.

Me dolió mucho llegar a mi casa de Escazú y ver que todas las cosas las estaban acomodando en un camión de carga. Papá salió a recibirme y me dijo, “Nos vamos de aquí”. No pude despedirme de nadie. Nos fuimos a vivir a Pavas. Eso fue muy triste y difícil para mí. Yo tenía poco más de diez años. Después de esto, solamente disfruté a mi papá unos cinco años más, ya que murió triste y enfermo. Puedo asegurar, que los únicos años realmente felices de mi vida fueron los diez primeros, ya que tenía papá y no carecía de nada. Después de su muerte todo fue sufrimiento, pobreza, soledad (La niña que perdió la luz, p.6).

María Candelaria relata así su partida de Alajuela:

Me partió el alma dejar mi vieja casa de adobes, el patio lleno de árboles frutales y de sombras acogedoras, la calle llena de juegos y de alegría; las tardes primorosas de Alajuela y, sobre todo una infancia un tanto rota por una revolución, guerra o como se quiera llamar, que nos cubrió a todos y que, en una u otra forma, marcaría para siempre nuestras vidas.

9. LA CONSTRUCCIÓN DEL FUTURO

Reconstruir la vida, entre las familias perdedoras, fue una tarea que algunos adultos nunca lograron realizar. Ellos no fueron capaces de

asimilar la derrota, y sus hijos los observaron perderse en la tristeza, la depresión y la muerte. Otros, se sintieron siempre ajenos a ese nuevo mundo que brotó después de la guerra civil y que utilizó todos los recursos, de orden ideológico, para legitimarse.

Incontables fueron las veces que mi padre acudió a presentar la terna en el Servicio Civil y otras tantas donde le fue denegado el puesto. De allí que lo vi trabajar en los más diversos oficios, especialmente de vendedor... Pero como otras tantas opciones esta fracasó. Tiempo más tarde se separaron y no vi más que dos veces a mi padre en cuatro años hasta que mi madre murió. Él no se enteró a tiempo, unos meses después, destruido, sin trabajo, cansado vino a verme. La guerra le había arrancado su salud mental, la finca y ahora su único amor a quien perdió por la grave situación de miseria que originó su desempleo como profesional. Parte, persecución política como él decía, parte, opino hoy, por su incapacidad emocional para superar la derrota (Eliana Presvere, p.3).

Julián cuenta como su padre, un alto empleado del Ministerio de Obras Públicas y Transportes, decidió irse por un tiempo, mientras arreciaba la represión, a refugiarse a Puerto Viejo de Sarapiquí. Sin embargo, dice él:

¡Nadie sospechó que esa ocurrencia marcaría para siempre el nuevo cauce de su vida y, como es lógico, el de todos nosotros! Pues ahí, con apenas cuarenta y tres años, decidió no volver a trabajar con ninguna institución de gobierno. Para él, la mayoría de los dirigentes y trabajadores públicos eran “un rebaño de inútiles y vagabundos, sin amor por el país”... Además, nunca volvió a meterse en política porque consideraba que sus copartidarios le hicieron trampa al no jugar con todas las cartas sobre la mesa. Ante esa decisión, no le quedó más remedio que

montar una oficina de topografía y jugársela como pudiera por el resto de su existencia. Por su parte mamá, de treinta y ocho años, aceptó el destino con resignación, pero por algún tiempo estuvo angustiada por las penurias económicas que tuvimos que soportar, y por muchos años vivió afligida por el ostracismo a que se sometió su marido (Julián, p.18).

Entre los niños de las familias perdedoras, pese a los múltiples trastornos, muy a menudo, probablemente sacando fuerzas de su reserva espiritual y de los valores asimilados, floreció una luz en el túnel de la vida, que les brindó motivos para vivir.

Florencio, el hijo del dirigente comunista, lo apunta así:

Hasta que un día del año 49 me enteré que la Revolución China había triunfado y entonces sentí que si bien aquí habíamos perdido, era solo cuestión de tiempo para que ganáramos en todo el mundo. En todo caso, no me sentía desamparado y más bien pensaba que era mucho lo que me enseña la vida. En el peligro estaba rodeado de amor, confianza y responsabilidad. Y así fue como aprendí a apreciar aún más la maravillosa suerte de haber nacido en el hogar de un auténtico revolucionario (Florencio Rivas, p.14).

Pima, hija de una familia de padre zapatero de filiación comunista, que creció entre las historias y los cantos de esa agrupación, dentro del taller donde su padre y los trabajadores compartieron un universo, una concepción del mundo, tradiciones, cuando rememora expresa:

Pese a extrañar a mis agradables parientes, lejos de sentirme nostálgica con el correr de los años hago mío el sentimiento familiar, que muchas veces defendió Papá Carlos, de que a pesar de todo lo ocurrido, nunca fuimos derrotados sino más bien vencedores por los logros que obtuvimos para nosotros y el país.

CONCLUSIONES

El éxito del concurso de relatos sobre las vivencias de los niños, revela que muchos “protagonistas anónimos” de la historia tienen aún mucho que decir, lo que reivindica la fuente oral, especialmente la proveniente del hombre y la mujer común, para el estudio del presente más cercano. La ocasión se aprovechó, especialmente por los niños-adultos de las familias vencidas en la contienda, para relatar las experiencias, los dolores, alegrías y tristezas, así como las marcas que esa guerra civil dejó en sus vidas. En el sector de los vencidos, el riguroso silencio mantenido por años, así como el deseo de pasar desapercibidos se rompió. La oportunidad de contar su historia significó una reconciliación consigo mismo y un ajuste de cuentas con la Historia. Es por esta razón que en la segunda parte del artículo se dio preferencia a estos relatos, llenos de sensibilidad y dolor.

El mundo de los vencedores fue diferente, para los padres de esos niños se abrieron oportunidades, no sólo por su calidad de triunfadores, sino por el control del Estado por parte de ese sector y las transformaciones en el estilo de desarrollo. Además, la historia oficial legitimó a sus padres y fundó el mito, recreado por el sistema educativo y la “historia oficial”, de que a partir de la guerra civil se marcó un nuevo período histórico, el denominado “Segunda República”.

Debieron transcurrir cincuenta años para que, los científicos sociales, especialmente los historiadores revalorizaran la década de 1940 y para que se enriqueciera la perspectiva sobre el período anterior, durante y posterior a la guerra civil. Incluso para que se tomara conciencia del carácter ideológico de términos como “revolución”, utilizado por los triunfadores para denominar el conflicto armado o “Segunda República”, empleado para consignar el nuevo período histórico que se gestó. En esa línea, la niñez de la generación de 1948 realizó, por medio del *concurso*, un importante aporte a la cultura histórica costarricense.

La guerra civil del 48 en la mentalidad colectiva infantil quedó expresada de muchas maneras. Unos sostienen que al final de cuentas “todos salimos perdiendo, porque en la guerra no hay ganadores. Muchos pierden sus vi-

das; otros, sus anhelos”; así se resumen las ideas finales de Paul. Mientras tanto, Acuario repite, para concluir, las palabras de su madre: *!Acharita los muertos!* (Acuario, p.15).

Memoriosa expresa:

La revolución del 48 fue eso: temor en la ciudad acongojada, y gozo al descubrir la delicia de los campos de mi tierra. Pero fue, sobre todo, sentir cerca por primera vez la humana violencia, la guerra y su horripilante amenaza, el terror ancestral de ser víctimas de los fuegos y la noche del hombre. Y, al mismo tiempo, sentir por vez primera a la familia como un recogido abrazo, como una sutil fortaleza contra los embates del mundo. (Memoriosa, p.2).

Posterior a la guerra civil de 1948, los vencedores en la contienda, lograron hacer hegemónica la percepción de que ese hecho marcaba una ruptura profunda en el desarrollo histórico de Costa Rica. Se acuñó y divulgó el concepto de Segunda República que refirió, en primera instancia, a un régimen donde imperaba el derecho de la oposición a existir y a expresarse libremente y más tarde, se identificó con una era de ascenso de las capas medias, de expansión del Estado, especialmente en el ámbito social y de modernización económica. Esta Segunda República dejaba atrás una Primera República, controlada por una oligarquía agraria y terrateniente, partícipe de un liberalismo manchesteriano y de una política de exclusión social.

En la actualidad, a la distancia de más de cincuenta años, un sector importante de los investigadores sociales, ha demostrado que ese corte abrupto, no es real, y ha obligado a repensar y revalorizar nuestro pasado. El tránsito a la Costa Rica contemporánea, la que se gestó después de 1948, se inició, en muchos aspectos, durante la década de 1940, e incluso unas décadas antes. Las políticas sociales del Estado tienen sus antecedentes en las primeras décadas del siglo XX cuando se emprendieron, en forma sistemática, medidas concretas para disminuir la mortalidad, especialmente la infantil, la higienización de la población, la creación de una infraestructura sanitaria y de salud, así como la

expansión de la educación pública. En el campo de la intervención del Estado y del impulso a la diversificación económica se establecieron políticas e instituciones, en forma continuada, a partir de la administración de Alfredo González Flores (1914-1917).

También, es justo reconocer que las concepciones reformistas fueron propagandizadas por los movimientos políticos reformistas y revolucionarios de la primera mitad del siglo xx. Al respecto debe destacarse la acción política del partido Reformista (1923), el partido Comunista (1931) y el Centro de Estudios de los Problemas Nacionales (1940). En la década de 1940, los comunistas alcanzaron una importante influencia en amplios sectores de la población y del gobierno, que sin lugar a dudas, contribuye a explicar el desencadenamiento de la guerra civil de 1948.

En consecuencia, el régimen de derecho y de seguridad social que los costarricenses hemos disfrutado en los últimos cincuenta años y más, que nos ha permitido alcanzar niveles de vida respetables y una sana convivencia social y política, es fruto de las acciones políticas de hombres y mujeres que forman parte de una historia más prolongada. Asimismo, es importante recordar que la burguesía agro exportadora y los comerciantes importadores no desaparecieron del escenario político costarricense después de 1948, sino que se vieron fortalecidos con las nuevas oportunidades económicas que se crearon. No obstante, pasaron a compartir el poder con los sectores emergentes, nuevos empresarios y capas medias, para quienes también se abrió un conjunto de canales de ascenso social, dentro de un contexto de consolidación y ampliación de las conquistas sociales del pasado.

Cincuenta años después de la guerra civil, la sociedad costarricense se encuentra frente a nuevos desafíos, para los cuales es importante explorar las reservas del pasado y desarrollar las potencialidades creadoras del presente. Los retos del presente obligan a conocer nuestra historia, nuestras raíces, nuestros mitos y realidades para potenciar las posibles respuestas.

REFERENCIAS

Aguilar, Oscar. *Los hechos políticos de 1948, problemática de una década*. San José: Editorial Costa Rica, 1983, 649 p.

Quirós, Claudia. *Los tribunales de probidad y de sanciones inmediatas*. San José: Editorial Costa Rica, 1989, 116 p.

Se leyeron la totalidad de los relatos de los niños y niñas que participaron en el concurso: *"Niños y niñas del 48 escriben"*, se transcribieron fragmentos de los relatos pertenecientes a las personas con los seudónimos de: Acuario, Auromontano, Anthony de la O, Cabuya, Colocha, Conde d' Odio, Chachito, Eliana Presvere, Elivano, Elizabeth, Florencio Rivas, Guaria Huele Noche, Jerónimo, Julián, La niña de los ojos verdes-gris, La niña que perdió la luz, Lica, Lico, Lilith de Catarrana, Luciano Noguera, Luna, María Candelaria, Marlene, Mechio, Memoriosa, Milton, Orquídea Morada, Paul, Pima, Pity, Roca Viva, Tabaré, Tulita.

Mercedes Muñoz Guillén
mercedes@fcs.ucr.ac.cr

Ana María Botey Sobrado
abotey@cariari.ucr.ac.cr